posible describir en este punto lo sucedido: las lágrimas asomaban á los ojos de todos, hombres y mujeres; todos se disputaban el honor de estrechar su mano y de abrazarle; Sagasta, verdaderamente afectado, dirigió de nuevo la palabra al público repitiéndole con la vehemencia que le es característica, que de cuantas satisfacciones había experimentado en su vida, ninguna era comparable con la que había recibido al verse entre sus amigos de la infancia, en el pueblo querido en que vió la luz y á cuyo engrandecimiento consagraría todos sus esfuerzos. Al partir al fin el carruaje, dió un viva á Torrecilla de Cameros, que fué contestado con entusiasmo por la muchedumbre. Una comisión del pueblo, compuesta del alcalde D. Toribio Ayarza y de los Sres. D. Hipólito Fraile, D. Simón Saenz Díez, D. José María Martínez Baquero y otros, acompañaron hasta frente al pueblo de Viguera al distinguido huésped, donde se despidieron con las frases más afectuosas.»

Dos años y medio han transcurrido desde la memorable visita de aquel importante hombre de Estado, y el pueblo de Torrecilla sigue hoy en la misma lastimosa decadencia en que se hallaba entonces. Estas visitas de los grandes personajes políticos suelen ser siempre mero espectáculo: se engalanan las poblaciones, se disparan cohetes, se celebran banquetes, se pronuncian entusiastas brindis, se proyectan grandes empresas, y como en la brillante comedia que se ha representado sólo una mínima parte tiene raíz y fundamento, y todo lo demás es fantasía, cuando el héroe de la fiesta se aleja, los ánimos se enfrían y los halagüeños proyectos se disipan como el humo. La serranita á cuyos negros ojos se brindaba, se queda sola dirigiendo á la Virgen de Tomalos sus preces para que no le sea infiel el joven camerano que vende figurillas de bronce en los almacenes de quincalla de la corte, y si sus esperanzas llegan á realizarse, su boda la consolará de que ni se oiga ya en el pueblo el ruido de los martinetes, ni se levante el nuevo hospital que en un arranque de filantrópico entusiasmo le prometieron al Sr. Sagasta construir.

CAPÍTULO IV

Desde Lardero á Nájera, por Navarrete, Fuenmayor y Cenicero.—La batalla de Nájera

SUBIMOS de Torrecilla de Cameros hacia Logroño para tomar, llegando á los cerros de *la Coronilla*, el camino de herradura que nos ha de llevar á Navarrete, y emprender luego una pequeña correría al oeste y caer sobre Nájera. Dejaremos entre el Iregua y el término que divide los dos partidos de Logroño y Nájera, las villas de Sorzano, Sojuela, Medrano, Hornos y Sotos, que aunque nombrados en antiguos instrumentos de donaciones, agregaciones y permutas relativas á los institutos monásticos, tan abundantes en la Rioja, y á las casas señoriales que se disputaban el favor de los monarcas y tenían en ellas palacios y castillos, no nos ofrecen hoy gran interés histórico ni artístico; y vamos en derechura en busca de recuerdos y monumentos que amenicen nuestro viaje. Si al dirigirnos á algún pueblo para nosotros importante, nos sale al paso alguna memoria que pueda enriquecer con una nota poética ó pintoresca

nuestro cuadro, la aprovecharemos, como aprovecha el viandante la mirada ó el saludo de la graciosa aldeana que se le cruza en el camino, para hacer acopio de gratas impresiones.

Saludemos en LARDERO al santuario de *San Marcial*, y miremos con veneración, si al acaso tropezamos con ellos ó resbala sobre sus lastrones nuestro caballo, los trozos, no escasos en sus contornos, de la soberbia calzada romana que se dirigía de Varia á Barbariana. De este pueblo sería el D. Juan de Lardero cuya heredad dieron el rey D. García y su mujer D.ª Estefanía á su fiel Azenar Íñiguez: en cuya ocasión, para mayor firmeza de la regia merced, Azenar dió al rey un caballo que valía 500 sueldos, de color castaño, llamado *el caballo del conde D. Fernando Muñoz* (1).

Cruzando tres arroyos que se desprenden del cerro de la Coronilla, llegamos á ENTRENA, la *Antelana* de la Edad media, la cual figura entre los pueblos que el rey de Castilla D. Alfonso VIII reclamaba del rey de Navarra D. Sancho *el Sabio* en el compromiso que ambos monarcas sometieron á la decisión de Enrique II de Inglaterra (2). Entró también este pueblo en una transacción que los obispos de Nájera celebraron con los monjes del monasterio de Santa María de la misma ciudad, allá por los años 1189, quedando á favor de la mitra con San Jaime, Medrano y Torre-Muña (3). —Los ancianos del pueblo recuerdan que entre sus padres duraba la tradición de las sangrientas reyertas empeñadas entre los señores de Cameros y los señores de Navarrete. Manriques estos y Arellanos aquellos, sus odios llegaron á alterar el público sosiego: los habitantes de Entrena, súbditos de los Arellanos, levantaron fortificaciones para defenderse de los de Navarrete; estos se las destruyeron; entonces

(1) Menciona esta curiosa donación, referente á la Era 1078 (A. D. 1040), Sandoval en su *Historia de San Millán*, párrafo 48.

(2) LLORENTE, Docum. n.° 156 de los Apéndices á las *Noticias históricas de las tres provincias vascongadas*.

(3) DR. TEJADA, *Hist. de Santo Domingo de la Calzada*, lib. 3, cap. 8, párr. 9.

los de Clavijo y los de Lagunilla salieron á la defensa de los de Entrena, y talaron los términos de Ribafrecha, que pertenecía á los Manriques, y tomaron los desmanes de unos y otros tales proporciones, que los reyes Católicos se vieron precisados á intervenir para poner remedio. Esto recuerdan los ancianos; los jóvenes de hoy, reunidos con los de Navarrete, recorren alegremente las calles dando serenatas de guitarra y bandurria á las muchachas de ambos pueblos: serenatas que se prolongan hasta la madrugada cuando el tenor Sanz, hijo de la villa, va á visitar á sus amigos de la infancia y á gastar generosamente con ellos los pesos ganados en el teatro de la Zarzuela de la corte.

NAVARRETE.—Á fines del siglo XII era un pueblo medio destruído y de corto vecindario: las pasadas guerras entre castellanos y navarros le tenían aniquilado. D. Alfonso VIII, hallándose en las cortes de Carrión, que había juntado para deliberar sobre la guerra contra los infieles, ordenó que se repoblase en la Rioja el ilustre lugar de Navarrete, al cual dió su fuero (1). Al aliciente de éste, y de las franquicias y privilegios que eran de costumbre, fueron acudiendo á la repoblación los vecinos de los lugares aledaños, que se supone serían las aldeas de San Antolín, Nuestra Señora del Prado, San Pedro y San Llorente, que llevaban el nombre de *los Corcuetos*. Fortificó la villa D. Alfonso para que sirviese de plaza de defensa contra Navarra, y aún se ven arcos y restos de sus antiguas construcciones militares, y del castillo situado en lo más elevado de la población. En el transcurso del siglo XIV el señorío de Navarrete estuvo alternativamente en las dos casas poderosas de los Arellanos y los Manriques. D. Enrique II, que tan liberal fué con D. Juan Ramírez de Arellano por los grandes servicios que le había prestado

(1) El Fuero de Navarrete fué publicado por Llorente en el n.° 185 de su *Apéndice* á las *Noticias históricas* arriba citadas. Lo otorgaron el rey D. Alfonso VIII y su mujer D.ª Leonor en el año 1195 (Era 1233).

antes de proclamarse rey, y por los que le seguía haciendo después de proclamado, le dió á Navarrete y sus aldeas en indemnización de los 100,000 florines que Arellano había tenido que dar á los ingleses por su rescate al caer prisionero en la desgraciada batalla de Nájera; pero los de Navarrete llevaron tan á mal esta donación, que con grande energía la repelieron, y D. Juan I algunos años después, por no tomar una resolución violenta contra la villa, con asentimiento sin duda de los vecinos, se la dió en 1380 á Diego Gómez Manrique, su repostero mayor, compensando al Señor de los Cameros Ramírez de Arellano con la villa de Aguilar, de Inestrillas y sus aldeas (1). Las rivalidades que de aquí surgieron entre Arellanos y Manriques quedan ya recordadas. Miñano en su *Diccionario geográfico* dice que en esta villa fué hecho prisionero el famoso Du Guesclin: ya veremos oportunamente si esto es verosímil. Quien verdaderamente estuvo preso en Navarrete fué el turbulento obispo de Zamora, Acuña, uno de los más enérgicos campeones en la guerra de las Comunidades. Prendido en Villamediana por un alférez de los imperiales después de la rota de Villalar y de la rendición de Toledo, cuando disfrazado con traje de vizcaíno se fugaba á Francia, fué conducido al castillo de Navarrete, y aquí permaneció hasta que se le trasladó al de Simancas, donde tuvo desgraciado y trágico fin.

Cerca de este castillo estuvo en lo antiguo la iglesia parroquial del pueblo: la que hoy ves descollar en medio de su caserío, es de fábrica moderna. Hubo además en Navarrete un convento de religiosos Franciscanos, fundado en 1427 por San Bernardino de Siena.

FUENMAYOR.—Unen á esta villa con la anterior un riachuelo, una acequia, un camino de herradura, y un ramal de la carretera general que enlaza unas con otras las principales poblaciones

(1) SALAZAR DE CASTRO, *Historia de la Casa de Lara*, lib. 5, cap. 10, artículo D. JUAN RAMÍREZ DE ARELLANO.

de la orilla derecha del Ebro. Fué comprendida en la amplia donación que á Santa María de Nájera hizo la reina viuda doña Estefanía, ya muchas veces nombrada; pero el prior y los monjes de Santa María vendieron luego los diezmos de Fuenmayor al obispo de Calahorra D. Juan García. Nos encontramos luego erigido en esta villa, como Señor de ella y de Almarza, á un D. Fernando Medrano, que figura á últimos del siglo XV en la lista de los caballeros y continuos del Duque de Nájera (1).—Tiene Fuenmayor, como únicas obras de arte dignas de mención, una espaciosa iglesia de tres naves, toda de sillería, y en ella un excelente retablo mayor, obra del escultor y arquitecto Juan Vascardo, vecino de Viana, y de los escultores Juan de Arismendi y Juan de Iralzu, guipuzcoanos, los cuales la comenzaron en 1632 (2) y la ejecutaron, según el gusto de aquel tiempo, en estilo greco-romano *vignolesco*, con tres cuerpos de arquitectura, jónico, corintio y compuesto, con estatuas y bajo-relieves. En el cuerpo primero, ó bajo, dividido por medio de columnas entorchadas en cinco espacios, hicieron otras tantas hornacinas ó nichos, en los cuales pusieron, en el central un gran relicario de diez pies de elevación, en los dos inmediatos los apóstoles *San Pedro* y *San Pablo*, y en los dos extremos historias de los *misterios de Nuestra Señora*. En el cuerpo segundo, colocaron seis columnas con los tercios de talla muy bien labrados, y en el cornisamento molduras y adornos con cartelillos en la cornisa: y en los cinco nichos correspondientes á los del cuerpo inferior, la *Madre de Dios* en el centro (obra antigua que existía ya en la parroquia), y á los lados otras dos figuras y otras dos com-

(1) SALAZAR, *Hist. de la casa de Lara, pruebas del lib. 8.*

(2) En el tomo IV del Llaguno, Adiciones al cap. LVI de la Sección 3.ª, bajo el n.º II de los Documentos, se halla la escritura de convenio que para esta obra otorgaron á 23 de Junio de 1632 los señores cabildo y ayuntamiento de la villa de Fuenmayor, por una parte, y por otra los maestros Juan Bascardo, Juan de Arizmendi y Juan de Iralzu: en ella se obligaron estos últimos á hacer un retablo como el que habían hecho para la villa de Briones, y como el de Nuestra Señora de los Reyes de la villa de La Guardia, por precio de 5,000 ducados.

posiciones de *misterios de la Virgen*. En el cuerpo tercero armaron otras seis columnas y otros cinco nichos, y colocaron en éstos á Nuestra Señora en su milagrosa *Asunción*, y á los lados otras figuras y otros misterios haciendo juego con los de abajo. Esta imagen de la Virgen está coronada por ángeles y en la parte superior aparece el *Padre eterno con los brazos abiertos*, haciendo de remate entre dos obispos sentados. Todos los pedestales de las columnas están decorados con bajo-relieves, representando historias de la *Sagrada Pasión de Cristo*, y debajo de las columnas, en los billotes, figuran los *cuatro Evangelistas*.

Son comunes en esta población las construcciones de piedra sillería, debidas á la excelente arenisca que se saca de la llamada peña Logroño y también alto de Fuenmayor. En la estación en que hicimos nuestra visita, muchas de aquellas estaban engalanadas con las sartas de sus magníficos pimientos rojos.

CENICERO.—Los diez kilómetros de trayecto que median entre esta villa y la estación de Fuenmayor, van costeando una serie de colinas tajadas del más pintoresco efecto, para dejarte en un delicioso oasis de jardines y viñedos que se extiende desde el Ebro al terraplén del ferrocarril. Sigue éste próximamente la misma dirección que el antiguo camino de herradura que unía los dos pueblos, y todavía subsiste el sendero que le corta perpendicularmente para pasar á la ribera izquierda en la *barca del Ciego*. De Cenicero hay memorias que alcanzan los primeros tiempos de la reconquista; es, bajo el nombre latino de *Cinessaria*, uno de los que enumera el cronicón llamado de Sebastián, entre los que taló D. Alfonso I llevándose los habitantes cristianos á las montañas y degollando á los sarracenos. En una de sus colinas se descubren las ruinas de un antiguo castillo, y no lejos de la villa reliquias de un acueducto de tiempo inmemorial. —Tiene hermosos edificios de piedra arenisca, y una iglesia en que se simboliza un suceso heroico de nuestra historia moderna. La entregó á las llamas durante la primera guerra carlista el

ejército que se decía defensor del altar y del trono. En 1834, habiendo pasado Zumalacárregui el Ebro para sorprender un convoy del ejército cristino que se dirigía á Logroño, unos cincuenta nacionales de Cenicero salieron á hacerle frente, y después de pelear valerosamente contra miles de carlistas, se hicieron fuertes en la iglesia. El general faccioso, no pudiendo rendirlos, incendió la parroquia para abrasarlos en ella: acción digna de aquel general francés que durante la conquista de la Argelia, pegaba fuego á las madrigueras donde estaban refugiadas las familias de los beduinos; pero los de Cenicero se salvaron en la torre.

Cambiando ahora de sistema de locomoción, con lo que nuestro viaje resulta más variado y ameno, volvemos á dejar el wagón por el caballo, y un camino de herradura que, atravesando un agreste descampado, nos lleva por el monte de Campastro á Ventosa siguiendo el curso del murmurador arroyo de Madres, nos pone otra vez en la histórica y adusta explanada donde se libró la gran batalla de Nájera, por otro nombre de Navarrete, que te voy ligeramente á bosquejar.—El rey D. Pedro y el príncipe de Gales, á quien llamaremos, como le llaman los cronistas de aquel tiempo, el *príncipe negro*, habían atravesado el Pirineo por Roncesvalles sin encontrar oposición alguna, y dividiendo sus tropas en tres cuerpos, emprendieron su marcha hacia Pamplona en el orden siguiente: iba la vanguardia mandada por el duque de Lancáster y por el famoso Juan Chandos; seguían el rey D. Pedro y el Príncipe negro con el cuerpo de batalla; y mandaba la retaguardia el hijo del rey de Mallorca. Habiendo bajado á la tierra llana de la Cuenca, se encaminaron por el valle de Aráquil á la provincia de Álava, y desde allí torcieron á Logroño, que estaba por el rey D. Pedro, donde se les juntó D. Martín Enríquez de Lacarra con trescientas lanzas, según la orden secreta que había recibido del rey de Navarra. En esta disposición bajaron á Navarrete, y allí asentaron su campo. —D. Enrique por el contrario venía de Santo Domingo de la